

VARIA

Contra puntos entre el consumismo y la propuesta ecológica:
una reflexión filosófica en siglo XXI

Counterpoints between consumerism and the ecological proposal:
a philosophical reflection in the 21st century

David Valerio Miranda
Universidad Autónoma de Zacatecas
davidvalerio@uaz.edu.mx

Juan de Dios Recio Chávez
Universidad Autónoma de Zacatecas
jrecio@uaz.edu.mz

Rosa Rodríguez González
Universidad Autónoma de Zacatecas
rosarg@uaz.edu.mz

Recepción: 06/05/2025 – Aprobación: 27/06/2025
DOI.

Resumen

El salir de compras, así como realizar el acto de intercambiar dinero por algunos productos, necesarios, innecesarios, es actual para el mercado, ello mediante el consumo que se ha convertido en una actividad diaria y hasta cotidiana para millones de humanos en el planeta. El filosofar a partir del consumo, se puede desplegar de diferentes maneras, por ejemplo, preguntarse por el propio acto de consumir, "consumir" ¿Qué es el consumo? Es algo así como desarrollar una problematización ontológica sobre el "Ser" del consumo en sí mismo. El reconocimiento del entorno, de las especies vivas no humanas o incluso inanimadas, es desde esta perspectiva un reconocimiento del nosotros que abarca tanto a los humanos, como a las plantas o los animales, y sus ecosistemas (bosques, selvas, desiertos y hasta las rocas conforman las montañas y sierras). Mediante una concientización no tan egoísta, que considere el entorno, su diversidad y que concientice las redes de interdependencia que hay en nuestro mundo, permite identificar los peligros que prácticas como el consumo ostentoso, compulsivo e innecesario provocan.

Palabras clave: Consumo, Medio ambiente, Ecología, Filosofía, Sociedad.

Abstract

Going shopping, as well as exchanging money for necessary or unnecessary products, is a current topic in the market, through consumption, which has become a daily and even routine activity for millions of people on the planet. Philosophizing about consumption can unfold in different ways, for example, by questioning the very act of consumption, "consuming." What is consumption? It's something like developing an ontological problematization about the "Being" of consumption itself. Recognizing the environment, non-human or even inanimate living species, is, from

this perspective, a recognition of the "we," which encompasses humans, plants, animals, and their ecosystems (forests, jungles, deserts, and even the rocks that make up mountains and ranges). Through a less selfish awareness that considers the environment and its diversity and that raises awareness of the networks of interdependence that exist in our world, it allows us to identify the dangers that practices such as conspicuous, compulsive, and unnecessary consumption cause.

Key words: Consumption, Environment, Ecology, Philosophy, Society.

1. Introducción.

Ir de compras y realizar el acto de intercambiar dinero por productos, necesarios, innecesarios, por ocio o utilidad, el participar del mercado mediante el consumo se ha convertido en una actividad diaria y cotidiana para millones de humanos en el planeta. De esta forma parece que el consumo es fundamental o parte de la vida de los individuos del siglo XXI, accionar que se intensifica en momentos específicos del año, fechas "especiales" en las que los sentimientos parecen demostrarse mediante el consumir.

No obstante, no todo es felicidad, optimismo, buenas intenciones o sentimientos con el consumismo, pues la alarma ecológica nos señala la otra cara de este accionar en específico, y es que, ¿nos ponemos a pensar la historia y proceso del producto que consumimos, las implicaciones económico-materiales de su elaboración, su huella ecológica o la contaminación que provoca?

Lo anterior es un reflejo de los posibles contrapuntos que se suscitan entre los beneficios o utilidad del consumo y la concientización ecológica sobre la devastación medio ambiental. Sin duda, reflexionar esta problemática se justifica es vigente y se ha puesto en el centro del debate, sin embargo, la presente comunicación pretende distinguirse por reflexionar dicha contraposición desde la filosofía.

A partir de lo anterior, este escrito se organiza mediante la siguiente estructura, misma que se compone de tres partes base. En la primera sección se ofrece una reflexión sobre el consumo, en la segunda se examina la propuesta ecológica, para en una tercera y última se exhiban las conclusiones provisionales de esta disertación filosófica.

1.1 La cultura del consumo

El filosofar a partir del consumo, se puede desarrollar de diferentes maneras, por ejemplo, preguntarse por el mismo acto de consumir, “consumir” ¿Qué es el consumo? Algo así como desarrollar una problematización ontológica sobre el “Ser” del consumo en sí mismo. Otra manera de abordar esto desde la filosofía es también un análisis ético del consumo, además esta cuestión se puede problematizar de igual forma desde la arista política o económica.

Así la reflexión sobre el consumo en el enfoque filosófico ya se ha trabajado por una gran variedad de autores y teóricos, por ello, en la presente sección se abordan algunas muestras de cómo se ha examinado esta temática.

La Filosofa que reflexionó sobre el consumo a mediados del siglo XX es Hannah Arendt, quien propuso desde su obra publicada originalmente en 1958: *La condición humana* (2005), que, a los individuos, históricamente han realizado un trabajo activo para sobrevivir, no obstante, bajo la cultura de consumo que se fue gestando a través de los siglos, la acción de consumir se ha impuesto como una actividad más inherente a los humanos cuando esta no es necesaria, y por ello, totalmente prescindible.

Si se considera lo anterior, es una temática que se puede desglosar, para empezar, analizando el consumo como una de las adulteraciones impuestas por los órdenes político-económicos hacia los individuos, de esta forma, podemos identificar a tal imposición como de tipo “económico-cultural” de manera que sea

coherente hablar de una cultura del consumo. Esto como un primer acercamiento para atender la cuestión del consumo desde la Filosofía partiendo de las preguntas ¿el consumo es necesario? ¿Nos han impuesto actividades más allá de las elementales para sobrevivir?

Inclusive se puede reflexionar más, por ejemplo, si se identifica que toda cultura (cultura de consumo), pertenece a una sociedad, podría pensarse en no solo una cultura sino desde una sociedad de consumo, tal y como lo propuso el filósofo francés Jean Baudrillard, quien en 1970 publica su obra: *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras* (2009). Trabajo fundamental para explorar la temática del consumir desde el enfoque filosófico.

De hecho, en años recientes se ha ya interpretado la vigencia de los planteamientos que hizo el pensador francés en aquellas décadas del siglo XX, por mencionar algo, hay quien lo interpreta de la siguiente manera:

Baudrillard distingue, en el ‘consumo-consommation’, la ‘consunción’ de los objetos que se produce con su uso acepción de pedigree económica de ‘consumo’, como parte del gasto del ingreso-producto por oposición a la producción, y distinta del ahorro y eventual inversión de lo no consumido. Pero también en ese consumo-consommation, no sólo hay consunción económica material sino, además y esencialmente, ‘consumación’ imposible de esa pulsión deseo. El motor irrefrenable y casi infinito de intentos de consunción que jamás consuman la idea espiritual de consumo es un paso drástico en la consolidación del capitalismo, que oferta lo que ya impuso como demanda, en el límite asegurándose de que nunca habrá satisfacción y que esa insatisfacción es su mejor garantía de lucro, junto a la creciente apropiación anticipada del ingreso futuro (créditos, plazos, tarjetas, etc.). (Bayce, 2007: 167).

Desde el contexto del filósofo francés ya analizaba la dimensión del consumo incluso a una escala meta temporal, pues señala que el consumo incentiva a una satisfacción, satisfacción que para empezar no es necesaria, y que por ello, es ilusoria, ficticia y de igual forma al ser una simulación es una satisfacción que nunca llega a ser plena, por esto, el consumo genera la insatisfacción eterna que se vuelve la esencia misma del consumir, el consumo no se va satisfacer, por ello, ni en el presente ni en el futuro, he aquí una fuente inagotable para el capitalismo.

Es meta-temporal porque como la pulsión de la insatisfacción permite asegurar “eternos” consumidores, con esto las barreras del tiempo parecen romperse y no limitarse al pasado ni al ahora, por ello, la continuidad del consumir no se subsana hoy ni se cubrirá en el futuro, el capitalismo ha racionalizado esta cuestión imponiendo también los créditos, los pagos en parcialidades, las tarjetas de crédito, los préstamos milagro que permiten el endeudamiento y demanda eterna del consumidor.

Desde esta perspectiva se observa como en esta cultura capitalista se estructura los medios necesarios para exprimir al consumidor, como si este fuera inagotable. De esta forma parece que dicho sistema considera mediante su pragmática visión como si, tanto los humanos como los recursos naturales se pudieran explotar de forma inagotable, cuestión que ya se había señalado desde el siglo XIX: “El capitalismo tiende a destruir sus dos fuentes de riqueza: El ser humano y la naturaleza”. (Marx, 2012a: 424).

Ya a principios del siglo XXI podemos considerar a Adela Cortina quien es una filósofa española que ha publicado un libro sobre nuestro tema de interés, la obra se titula; *Por una ética del consumo* (2002) donde sostiene: “El consumo se convierte, pues, en la base de la autoestima y de la estima social, en el camino más seguro para la felicidad personal, para adquirir un estatus social y para el éxito de la comunidad política”, p. 67.

Si se atiende la anterior afirmación, es posible interpretar algunas cuestiones. Para empezar, el relacionar a la acción de “consumir” como una medida, una cuantificación de “valía”, de “status”. Cuanto se cree que se vale a partir de cuanto se consume, esto amerita una reflexión filosófica desde diferentes aspectos. Por ejemplo, se puede medir el valor de un ser humano de una persona a partir de lo que consume, es decir, se puede clasificar como “mejor” o “peor” individuo teniendo como referencia su poder adquisitivo, su dinero, y por lo tanto, que tenga mayores posibilidades para consumir.

Dicha reflexión, incluso se desborda de las fronteras filosóficas, pues en el escenario de la realidad práctica esto sin problemas se puede designar como discriminación, pues: “el poder adquisitivo en la sociedad de consumidores está invariablemente relacionado con el desempeño individual, ya que consumir significa invertir en la propia pertenencia a la sociedad”. (Posadas, 2013: 120).

Desde este ilusionismo se logra pertenecer a la sociedad, entre más se consume más se abre la posibilidad de ser aceptado, es decir, se necesita dinero, poder adquisitivo para pertenecer a la sociedad de consumo, los que no entra en estos estándares quedan fuera. En esta perspectiva, también se observa la cosificación de los humanos a una degradación como meros símbolos formales de consumo.

Otra cuestión que se destaca de esto es que el consumo, es un accionar que se relaciona, más que con el individualismo con el egoísmo, esa pulsión de insatisfacción es muy individual, muy personal, muy egoísta, el consumir para mí y pensando en mí, en mi satisfacción sin importar nada más. Respecto a esto último, se puede dilucidar que:

“La sociedad de consumidores tiende a romper los grupos, a hacerlos frágiles y divisibles, y favorece en cambio la rápida formación de multitudes, como también su rápida desagregación. El consumo es una acción solitaria por autonomía (quizás incluso el arquetipo de la soledad), aun cuando se haga en compañía. Ningún vínculo duradero nace de la actividad de consumir. Los lazos que logran establecerse durante las actividades del consumo pueden o no sobrevivir”. (Bauman, 2009: 109).

De esta forma, se puede entender si al consumo como multitudinario, pero dentro de la multitud no hay unión, no hay comunidad, es solo una masa conformada de egoísmos que lo único que los congrega es su pulsión de satisfacción mediante el consumo, pero son multitudes desordenadas, sin sentido, superficiales, desechables, como mero ganado consumista, la masa de humanos

alienados en la seducción del consumir reducidos al puro instinto salvaje y no consciente de la satisfacción.

A partir de lo anterior, cabe preguntarnos si es lícito alienar, enajenar al mismo ser humano al consumo, al dinero, de tal suerte que parece que el individuo no importa, sino que lo realmente valioso es el dinero, acto de consumir, como si esto último tuviera valor e independencia de lo humano. Esto se sigue presentando como un fetiche, de hecho, parece que sigue vigente la clásica concepción marxista de fetichismo de la mercancía:

Si queremos encontrar una analogía a este fenómeno, tenemos que remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencia independiente, y relacionados entre sí y con los hombres. Así acontece en el mundo de las mercancías con los productos de la mano del hombre. A esto es a lo que yo llamo el fetichismo bajo el que se presentan los productos del trabajo tan pronto como se crean en forma de mercancías y que es inseparable, por consiguiente, de este modo de producción. (Marx, 2012a: 38).

Tanto es el poder y valor que se le sigue dando a las mercancías, como al acto de consumir que incluso la autoestima de los individuos se vuelve dependiente de estas, así alcanzar la felicidad ¿depende de cuánto se consume? O el bienestar necesita de igual forma de esta acción. Interpretaciones que sin duda se pueden criticar desde la filosofía, pues cuestiones ontológicas como el “Ser” en realidad es ¿lícito vincularlo al mero hecho de consumir?

En cuanto a la cuestión Ética, que a su vez alude a lo “valioso” a lo “bueno” es reductible al consumo, mismo caso de identificar a la felicidad con este precepto. Cuestiones que se pueden repensar y que nos invitan a seguir analizando la acción de consumir, ¿puede esta acción mercantil, estratégica y “cultural” determina entonces fundamentos metafísicos como el definir el “Ser” de las personas a partir de esta participación en el mercado?

La temática del consumo ha penetrado y se ha propagado de manera amplia y por diferentes aspectos de la vida común y cotidiana de los humanos, pues como más atrás se ha sostenido, si se designa al consumismo como un acto frívolo,

fetichista se puede interpretar como un actuar en extremo individualista y con intereses efímeros, placenteros, superficiales muy aislados del consumidor que así lo realiza. En este sentido, siguen surgiendo diversas cuestiones en las que se puede poner atención al respecto, por ejemplo, la relación consumismo e individualismo: “Debido al impulso del neo individualismo, salen a la luz nuevas formas de consumo dispendioso, que tienen mucho más que ver con el régimen de las emociones y las sensaciones personales que con estrategias distintivas para la clasificación social.” (Lipovetsky y Elyette, 2003: 58).

Desde esta propuesta de Lipovetsky y Elyette se pueden conjeturar varios puntos interesantes. Comenzando por destacar que nuevamente se relaciona a la actividad consumista con la parte emocional de las personas, el sentirse valorado, identificado con determinada clase social a partir del “consumo dispendioso” es decir, el consumo ostentoso como cuantificador de la valía humana.

Lo anterior, también conduce a otra cuestión que no se puede obviar, como lo es el individualismo. Si bien todos los seres humanos somos únicos, irrepetibles y con una individualidad propia lo cual es imposible borrar, la cuestión se vuelve compleja cuando este individualismo parece tocar las fronteras más bien del egoísmo. De esta forma, se ratifica que es más preciso sostener que el consumismo es cercano al egoísmo más que el individualismo.

El consumir ostentosamente, sin conciencia ni restricción habla de un poder adquisitivo que lo permite, que hace sentir al consumidor “poderoso” en extremo “valioso” de manera que no le importe su alrededor, el egoísmo y la seducción del consumir parece segar y no permitir ver despilfarro, injusticia y destrucción ecológica que provoca en este tipo de proceder.

Toda esta disertación en la que, por medio del accionar del consumidor ostentoso, dicha actividad se vuelve o se entiende con condiciones “metafísicas” inherentes al humano, a tal grado que no es exagerado sostener que:

Somos ahora un *homo consumens* que desplazó a los anteriores *faber*, *sapiens* y *ludens*. Al parecer, al menos en las sociedades de alto y ostentoso consumo de los

países altamente industrializados, la respuesta es afirmativa. En dicho contexto del capitalismo posindustrial el consumo se ha constituido en la esencia del ser humano (...) Pero no sólo no explica a las industrializadas, como se dijo, sino tampoco a las menos desarrolladas, que copian los modelos de consumo del mundo desarrollado. (Falcón, 2003: 69).

A partir de esto, el acto de consumir y su cultura alcanza esferas quasi religiosas, al aludirse una cualidad “esencial” en lo humano, ideologización que ha penetrado en los diferentes estratos de las sociedades del siglo XXI, esto en beneficio del mismo orden consumista que auspicia el capitalismo de hoy. Este consumo ostentoso e irresponsable no solo se suscita en sociedades “desarrolladas” sino también en países y regiones sub-desarrolladas que imitan tales prácticas por la misma ostentación, “valía” y hasta ideologización metafísica sobre el fetichismo del consumo, de tal suerte que la cultura del consumo parece atravesar cualquier barrera incluso las económicas, sociales, éticas o ecológicas.

También se presenta como una problemática que afecta derechos humanos, al discriminar, al atentar contra la dignidad humana calificando a las personas a partir del injusto y subjetivo mundo del consumo, pues en este: “los valores de consumo se convierten en [un] criterio de discriminación social”. (Goded, 2021: 127).

La Reflexión anterior, procede originalmente de la Crítica, a la economía política del símbolo (1974) de Jean Baudrillard. En dicha obra, el filósofo francés sostiene que el consumo, en efecto, es una imposición desecharable en la que se valora más el valor de cambio, el participar de la ilusión del intercambio mercantil, lo superficial, la apariencia, el simulacro, descartando el valor de uso que atiende a un consumo de las necesidades básicas para sobrevivir.

Esta misma priorización del mero acto consumista, desplaza en totalidad lo que sería el valorar el consumo necesario, el consumo que realmente es vital para el desarrollo humano, es decir, el de los derechos básicos: alimento, vestido, techo, salud.

Cuando lo elemental para vivir no se valora, se eleva, se exalta lo inútil lo superfluo, lo desecharable e innecesario, aquello que se convierte en lujo, pues el lujo

precisamente es una cuestión que olvida lo elemental para buscar un más allá, la superficialidad de mostrar que se desprecia lo necesario y que con soberbio egoísmo se elige lo artificial, lo innecesario y lo que sirve para presumir, discriminar y hacer sentir superior frente a los que no tiene la posibilidad del consumo, del lujo de disfrutar de lo inútil.

Así el consumo es una actividad que ha inundado casi en su totalidad las diferentes esferas de la vida, en el presente contexto del siglo XXI, sin embargo, esta práctica no se queda ahí en el mero hecho de consumir, sino que en sí misma encierra otras complicaciones, por ejemplo, es innegable que el consumo compulsivo e irresponsable se contrapone al desarrollo de una conciencia ecológica, panorama que desarrollamos en la siguiente sección.

2. La ecología

Se puede proponer que la reflexión ecológica desde la Filosofía no es nueva, pues desde “los presocráticos descubren que debemos considerar el mundo presente como un todo (*physis*) dotado de un orden (*kosmos*)”. (Höffe, 2003: 23). Es decir, al concientizar el escenario que habitamos como un orden natural, un todo en el que el ser humano es parte de.

Si se considera que el pensar y estudiar el entorno, el habitat, el ecosistema natural donde vivimos, “nuestra casa” se pueden identificar desde las antiguas pesquisas de Aristóteles, quién en textos como: *Investigación sobre los animales* (2000), ya muestra un trabajo que pone atención en la preocupación por el contexto que nos rodea y los demás seres que lo habitan.

Siglos después, en concreto en la época de Nietzsche. En obras como: *Así habló Zarathustra* (2007), este filósofo, crítica a la metafísica judeo-cristiana (muerte de Dios) y su eterna promesa de una mejor vida más allá de este mundo. De hecho, sostiene que esta concepción es un impedimento para el óptimo desarrollo del humano, de

aquí, se sigue la idea de no esperar una mejor vida en el más allá, si no aquí en la tierra.

La idea previa, conlleva un reconocimiento de la situación y circunstancia del humano en el planeta, así como la concientización, conocimiento y amor por la Tierra como elemento imprescindible para una vida mejor. Esto muestra una coincidencia entre el vitalismo y la ecología.

Desde lo anterior, comúnmente se acepta que, si la reflexión ecológica tiene antecedentes muy antiguos en la tradición occidental, esta preocupación se desarrolló a la par de dicha cultura y su desenvolvimiento científico, de tal suerte que, es Interesante considerar que el desarrollo de la conciencia ecológica vino a la par del desarrollo científico del siglo XX.

No obstante, también es posible y lícito considerar que el valorar la reflexión ecológica es una cuestión que también se identifican antiguos antecedentes en culturas no occidentales, por obvias razones que atienden a nuestro contexto geográfico desde México, conocemos el ejemplo de los pueblos originarios.

Se puede mencionar como uno de los rasgos más notorios en el pensamiento indígena que se identifica con la reflexión ecología, aquella coherente deducción de entender a los animales humanos como parte de un todo natural. Así de nuestra región latinoamericana y continental se puede compartir que:

“El pensamiento ecológico de América debe buscarse como una raíz muy profunda sin utilizar la fuerza, puesto que la vida se encuentra arraigada en lo más profundo de la tierra y no debe arrancarse. A pesar de todo lo que se diga, guste o no, ¡América es naturaleza!, es un continente vegetal”. (Salgado y Armado, 2010: 140). Desde una poética, y por ello, bella metáfora se puede interpretar a la raíz que crece y subsiste en la tierra, pegada al suelo natural y terregoso. Esto refleja la conciencia de estar en el suelo, en el planeta y considerar los demás huéspedes que lo habitan, de aquí el concientizar también el espacio de manera armónica con los otros seres de nuestro hábitat, conocimiento que está presente en la sabiduría ancestral de los pueblos originarios de México y Latinoamérica.

Sí, se considera lo anterior, se puede decir que las comunidades originarias, poseen rasgos culturales que les dotan de una identidad, por mencionar algo, su entorno y el ecosistema natural en el que habitan configuran su visión y conexión con la naturaleza, en donde esta se vincula también a una cosmovisión tradicional, que incluye aspectos simbólicos, religiosos, y culturales en la medida en que se heredan y practican de generación en generación.

Así la naturaleza es parte de su herencia ancestral. Por ello, hay una manera de reflexionar en la que, de acuerdo con esta, el vínculo o la concientización que se construye alrededor de la naturaleza es más “cercana”, y por ello, diferente a la que se da en zonas urbanas.

Estos pueblos reconocen la magnitud que tiene su relación con el medio ambiente, además de la estrecha geográfica que se da a partir de su asentamiento poblacional situado en áreas rurales, selvas, sierras, bosques, montes, colinas y cerros que albergan sus aldeas.

El reconocimiento del entorno, y, por lo tanto, de las especies vivas no humanas o incluso inanimadas, es desde esta perspectiva un reconocimiento del nosotros que abarca tanto a los humanos, como a las plantas o los animales, y sus ecosistemas (bosques, selvas, desiertos y hasta las rocas conforman las montañas y sierras). También se puede destacar que, para que las comunidades rurales étnicas desarrollen esta perspectiva ambiental desde su entorno colectivo, se debe considerar su circunstancia, es decir, sus condiciones materiales.

A partir de lo anterior, consideramos importante resaltar que las zonas indígenas y rurales son las más afectadas por el cambio climático (Enciso, 2016). En conjunto, estos factores son determinantes, y por ello: “Los pueblos indígenas defienden la propiedad colectiva de las tierras al entender que éstas proporcionan beneficios colectivos a toda la comunidad, rechazando su posible apropiación individual y entendiendo que la labor que ellos, pueblos indígenas, tienen en

relación con la tierra es su conservación y preservación para las generaciones venideras". (Gaona, 2013, p. 144).

Desde lo anterior, se identifica un posicionamiento ecologista ya que es parte de la educación y cultura propia de las comunidades, pues su forma de vida o el desarrollo de su Ética comunitaria se puede entender entonces como una Educación Ecológica. (Valerio y Aguilar, 20024).

En este sentido, el voltear a ver a nuestros pueblos y culturas originarias puede abrir la posibilidad de sensibilizarnos con nuestro entorno natural. Las culturas indígenas, sin duda pueden compartirnos y enseñarnos muchas cosas, por ejemplo, dos que parecen fundamentales ante el apremiante cataclismo de la crisis ecológica: 1) la concientización de "comunidad" y 2) la valoración y respeto hacia la naturaleza.

Así cuando no se tiene una concientización tan limitada que parte del "yo" como un mero sujeto aislado, atomizado y egoísta, sino como parte de algo más, de una colectividad de una comunidad que es reflejo de la vecindad y coexistencia que es innegablemente notable tanto en las composiciones y estructuras humanas como en el hecho de compartir espacio y recursos elementales con otras especies incluso con otros seres no humanos.

Desde esta misma concientización se deriva la segunda cuestión, pues el hecho de identificarnos a los seres humanos no como una entidad "única, superior y aislada" frente a los demás habitantes del planeta, permite precisamente valorar la función, aporte que cada cual suma a la composición y equilibrio de nuestra casa.

La preocupación por el entorno natural, por nuestro planeta tierra está presente desde concepciones occidentales como desde la idiosincrasia de los pueblos originarios. Cabe destacar también que siendo una preocupación que debería ser dimensionada como "universal", parece que falta propagarse y argumentar más en su favor, pues es sorprendente, por ejemplo, el que existan tendencias como los llamados "negacioncitas del cambio climático".

No obstante, la misma importancia, premura y universalidad de la problemática permite también el criticar y dialogar desde diferentes flancos. Por ejemplo, es muy interesante la propuesta del pensador chileno Humberto Maturana, quién en su propuesta combina elementos de su formación como biólogo y la filosofía para por medio de la epistemología como un posible punto de intersección entre la biología y la filosofía argumentar en favor de la ecología.

Una de las tesis centrales de su propuesta, consiste en considerar a los humanos y a la naturaleza en general como organismos, organismos vivos, orgánicos que tienen una vida, orden y sistema propio, que son diversos pero que a la vez forman parte de un todo natural, el medio ambiente que por esto es vida plenamente diversa ordenada y necesaria para seguirse autogenerando, para seguir manteniendo la vida, es concientizar al planeta entero como un organismo vivo que es hogar de otros cientos de miles de organismo vivos. (Maturana y Varela, 2004).

A partir de esto, es por ello, pertinente, inteligente y hasta digno defender y valorar al planeta con toda su diversidad. De esta forma se observa cómo se puede reflexionar y argumentar desde diferentes enfoques, por ejemplo, Maturana siendo un pensador chileno, latinoamericano que, desde la filosofía y la ciencia, ofrece una propuesta epistemológica la cual dialoga en favor de la defensa de la biodiversidad, por lo tanto, contra quienes la amenazan, como es el caso del consumismo capitalista.

Dentro del ámbito de la Filosofía y sus debates académicos, otra propuesta interesante que aboga en favor del cuidado del planeta y el medio ambiente es la emitida por el pensador franco-brasileño Michael Löwy, el ofrecimiento que hace este pensador se ha designado como ecosocialismo, pero ¿cómo entender su proposición?

El ecosocialismo es una propuesta radical —es decir, que ataca la raíz de la crisis ecológica— que se diferencia tanto de las variantes productivistas del socialismo del siglo xx (sea este la socialdemocracia o el «comunismo» de factura estalinista) como de las corrientes ecológicas que se acomodan, de una u otra forma, al sistema capitalista. Es una propuesta radical que no solo pretende una transformación de las

relaciones de producción, una mutación del aparato productivo y de los modelos dominantes de consumo, sino también crear un nuevo paradigma de civilización, incompatible con los cimientos de la civilización capitalista/ industrial occidental moderna. (Löwy, 2012: 12-13).

Para Löwy, el origen del problema de la devastación ambiental no es otro que el capitalismo y su modelo industrial de sobre explotación de los recursos naturales, así como los modelos dominantes de consumo. De esta forma, es crítico del capitalismo y no solo de este sino también de los sistemas que con un mismo modelo industrial devastador también han aportado al cataclismo ambiental, y está pensando en concreto en la Rusia soviética y en China.

Naciones que hasta hoy en día son países erróneamente designados como “socialistas”, aunque ni siquiera Rusia cuando fue la URSS fue socialista ni la China capitalista de hoy lo es, lo que es un hecho es que ambas naciones contaminan y siguen contaminando con sus modelos industriales de producción-destrucción propios del capitalismo al igual que EEUU.

El despojarnos como humanos de esa “aparente” superioridad frete a lo otro, a lo no humano, permite comprender la importancia de las demás especies y elementos naturales. Es el reconocer que sin agua limpia no podemos sobrevivir, que con suelos contaminados es imposible cultivar alimentos, que si se extinguen las abejas y aves el polen y semillas no se esparcirán más acabando con la posibilidad del crecimiento de plantas, árboles, flores y especies vegetales que son fundamentales tanto para purificar el aire como para alimentarnos. Cuestiones como estas que en apariencia son tan simples y cotidianas que se presentan como ajenas pero que están ahí y son fundamentales para la vida en general.

Mediante una concientización no tan egoísta, que considere el entorno, su diversidad y que concientice las redes de interdependencia que hay en nuestro mundo, permite identificar los peligros que prácticas como el consumo ostentoso, compulsivo e innecesario provocan. Contra posiciones que sin duda no serán un

debate acabado en la proximidad, no obstante, en la siguiente sección nos aventuramos a proponer algunas conjeturas de manera tentativa.

3. Conclusión ‘provisional’

Después de todo lo que se ha argumentado hasta aquí, podemos ofrecer algunas conclusiones provisionales, eventuales porque sabemos que esta no es una cuestión acabada ni un debate cerrado, no obstante, no se puede negar que hemos llegado a algunas conjeturas que en los siguientes párrafos desarrollamos.

Primero es innegable que existe un problema de contaminación y devastación de la naturaleza y el medio ambiente a nivel global. Las consecuencias son palpables y se reflejan mediante problemáticas como el cambio climático. También hay que dejar en claro que, la producción mercantil capitalista, su cultura e ideología que incita a un consumo desmedido y en muchos casos innecesario, pues existen “necesidades” sintéticas, adulteradas que precisamente son promovidas para incentivar un consumismo, nocivo, anti-ético y dañino para el medio ambiente.

A partir de lo anterior, podemos sostener que los seres humanos tenemos la apremiante tarea de frenar el cataclismo ambiental, por el simple hecho de que dependemos en su totalidad de la naturaleza y que esta, se mantenga en las condiciones más optimas posibles para la vida humana y las diferentes especies que habitan el planeta.

Ya sea dese la cosmovisión de los pueblos originarios, o incluso desde la cultura occidental, se ha dejado claro que debemos un respeto y valoración de la naturaleza y sus recursos, además de que somos un mismo organismo, afirmación en la que coincide tanto el pensamiento de los pueblos originarios como algunas propuestas occidentales, por ejemplo, en la cultura occidental Karl Marx ya había advertido esto desde el lejano siglo XIX, así lo explico: “La afirmación de que la vida física y mental del humano y la naturaleza son interdependientes significa

simplemente que la naturaleza es interdependiente consigo misma, puesto que el humano es parte de la naturaleza". (Marx, 2012: 110).

En sintonía con lo anterior, podemos afirmar que hay una coincidencia entre algunos planteamientos de la cultura occidental con las cosmovisiones de los pueblos indígenas en el sentido de asumirnos e identificarnos como naturaleza, es decir, somos parte del medio ambiente y necesitamos de este para sobrevivir además de tener la certeza de que si dañamos la naturaleza debe ser considerado como un acto de autodestrucción.

Esto a su vez es un argumento contundente para pugnar contra la producción mercantil capitalista y su insistencia en el consumo desmedido inútil y no necesario. Visualizando un poco más allá esta reflexión, debe quedar claro que cuestiones como el individualismo radical que más bien se presenta como egoísmo, son configuraciones ideológico-culturales que también abonan a la autodestructiva cultura del consumo, pues bajo esta lógica el consumidor no debe pensar en su alrededor (comunidad-medio ambiente) sino en su satisfacción egoísta, bajo esta desorientación humana se puede afirmar que: "El sujeto también es víctima de su propia individuación. El hombre se pierde en la búsqueda incesante de satisfacer los motivos ilusorios del egoísmo, que nunca se ven satisfechos". (Guzmán, 2020: 36).

Esa pulsión infinita e insaciable por consumir es una configuración impuesta en los humanos que se analizó en secciones pasadas desde las escrituras de Budrillard, Lipovesky y Bauman, reflexiones que alertan sobre cómo esta inclinación egoísta conduce a una limitada afirmación del yo individual que no termina por realizarse sino que mediante el consumo parece derivar en caída libre, en la incertidumbre la de la insatisfacción, en seguir devorando consumiendo sin medida sin cansancio de tener y tener que por lo mismo necesita explotar, racionalizar y seguir usando todos los recursos disponibles para proseguir con la incesante pulsión de consumir.

Circunstancia que en la Ética tanto como ecológicamente se vislumbra a todas luces como dañina, pues es una certeza que este tipo de ideología y cultura

capitalista que incentiva al consumismo es totalmente peligroso y nocivo para el medio ambiente, y por lo tanto, para la vida del planeta en general.

En contraste, la conciencia ecológica ya sea desde la tradición occidental o desde las culturas de los pueblos originarios, es una exhortación para pensarnos desde el “nosotros”, naturaleza y humanos como parte de una misma entidad, la humanidad y las demás especies como parte de la diversidad y riqueza natural, esa conformación de seres que en unidad conformamos un mismo organismo vivo.

Al asumirnos como partes y participantes del medio ambiente, se vislumbra como pertinente el respetar nuestro entorno, nuestra habitad, nuestra casa. El planeta que desde esta reflexión nos refleja a nosotros mismos, que nos comunica que nos necesitamos mutuamente, que somos parte de lo mismo y que para seguir viviendo es necesario respetar la naturaleza, lo que implica un auto-respeto, una valorización y auto estima que debe ser la base para mantener una coexistencia armónica entre humanos y naturaleza, un equilibrio propio.

Así la reflexión ecológica desde la filosofía implica pues un pensarnos en plural y no en singular, en ser conscientes y valorar la nuestra condición de comunidad y unión con la totalidad natural. Es una autoconciencia que permite, despojarse de los velos del egoísmo y la atomización aislada, del antropocentrismo destructivo, para pensar a nuestra tierra, nuestro planeta y todos nuestros vecinos que lo habitamos como una familia, una unidad pura que nos permitirá seguir subsistiendo juntos en andanza caminos de la vida, es respeto a la diversidad natural.

El que el ser humano se reconozca y sea consciente de que es parte y lo mismo que la naturaleza en general es también una afrenta disruptiva ante la totalización hegemónica del sistema capitalista con sus imposiciones como el consumo compulsivo, la pulsión de consumir, la eterna insatisfacción, el esclavismo de la acción mercantil. Esta resistencia especulativa, es también filosófica puesto que la

filosofía cuestiona, crítica y no se conforma con lo dado, ni con el *statu quo* o lo establecido.

La filosofía es crítica, y por ello, reflexión sobre el consumo, el acto de consumir, su sentido e implicaciones, analiza la acción su artificialidad simulacro e hipnosis de las masas, como la domesticación de multitudes de consumistas que siguen las “ofertas del buen fin” cual, ganado en pastoreo, hordas de “*conzombiedores*” que como muertos vivientes parecen no piensan y se dejan ir tras las compras decembrinas.

Ante todo este desalentador panorama, la filosofía se afirma como una oportunidad crítica disruptiva, en la que se pueden evaluar fenómenos adulterados como el consumismo contrastando con las concientización ecológica, con pensamientos que se contraponen, pero que se sostienen y se han afirmado desde la cultura occidental o Latinoamérica y sus pueblos originarios, el reconocimiento y valoración por el planeta tierra en su conjunto, que por lo mismo, se confronta a la práctica capitalista del consumo y destrucción que conlleva.

Entendemos que radicalizar y proponer extremismos como un retroceso a sociedades de tipo primitivas no es viable, pero eso no implica que el actual sistema político-económico y cultural que se erige como orden mundial es opuesto a todo aquello que no genere ganancias, y por ello, se opone a generar un consumo ético, ecológico responsable y justo, pues para las grandes élites empresariales: “La sostenibilidad, la salud de los individuos y el bienestar social son atributos que solo le interesarán al productor si estos inciden en aumentar sus ingresos o disminuir sus costos, es decir, si forman parte de la demanda que están haciendo los consumidores”. (Luyando, 2016: 309).

Desde otras palabras a los grandes empresarios y sus transnacionales capitalistas, no les interesa la salud, el bienestar o la sustentabilidad, pues desde su frívola racionalización, los seres humanos, los recursos naturales, especies y todo el mobiliario del planeta son solo signos, símbolos como diría Budrillard (1974 y 2009), existen en tanto que son entendidos como signos, únicamente como símbolos de

valor monetario. De esta forma la alienación humana y de todo cuanto puede alienar y mercantilizar el capitalismo persiste a escalas totalizantes

Ante dicho contexto, la filosofía en este siglo XXI sigue siendo una invitación a la reflexión sobre los humanos y los demás entes que habitan la tierra, es crítica frente a lo que se impone, a lo que proponga el egoísmo y pone en peligro la vida en general y el planeta tierra, así examinando los contrapuntos entre el consumismo y la conciencia ecológica la filosofía crítica y seguirá cuestionando al sistema capitalista de hoy.

Referencias.

Arendt, Hannah. (2005). *La condición humana*, traducción de Ramón Gil Novales. Barcelona: Paidós.

Aristóteles. (2000). *Investigación sobre los animales*, traducción introducción y notas de Elvira Jiménez Sánchez. Madrid: Gredos.

Baudrillard Jean. (1974). *Crítica de la economía política del símbolo*. México: Siglo XXI.

Baudrillard Jean. (2009). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.

Bauman Zygmunt. (2009). *Vida de consumo*. México: FCE.

Bayce, R., (2007). Jean Baudrillard: incomprendido, fermental, audaz. *Ciências Sociais Unisinos*, 43(2), 165-173.

Cortina, Adela. (2002). *Por una ética del consumo*, Taurus: Madrid.

Enciso Angélica. (2016). *Zonas indígenas y rurales, las más afectadas por el cambio climático*. México: Periódico La Jornada Martes 25 de octubre de 2016, p. 31.

Falcón, Gabriel. (2003). El consumo desde la perspectiva filosófica de Adela Cortina, Revista Electrónica Sinéctica, núm. 23, agosto-enero, pp. 68-73.

Gaona Pando, Georgina. (2013). "El derecho a la tierra y protección del medio ambiente por los pueblos indígenas". *Nueva antropología*, 26(78), 141-161. Recuperado en 02 de enero de 2024, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-06362013000100007&lng=es&tlang=es

Goded, J. (2021). Crítica de la economía política del signo. *Revista Mexicana De Ciencias Políticas Y Sociales*, 21(79). <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1975.79.80613>

Guzmán, Nelson. (2020). "Sobre la renuncia y el entusiasmo. El principio de individuación en Shopenhauer y Nietzsche", en Guzmán Nelson, Villegas Leobardo, Espinosa Sergio. *Nietzsche tres ensayos*. México: Taberna Libraria.

Höffe Otfried. (2003). *Breve historia ilustrada de la filosofía*. Barcelona: Península.

Lipovetsky Gilles, Elyette Roux. (2003). *El Lujo eterno. De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona: Anagrama.

Löwy, M. (2012). *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe capitalista*. Madrid: Siglo XXI.

Luyando Cuevas, José Raúl. (2016). "Conciencia social y ecológica en el consumo". *Estudios Sociales*, vol. 25, núm. 47, enero-junio, pp. 303-323.

Marx Karl, (2012a). *El capital I. Crítica de la economía política*. México: FCE

Marx Karl. (2012) *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en Fromm Erich, *Marx y su concepto del Hombre*. México: FCE.

Maturana, Humberto, Varela Francisco. (2004). *El árbol del conocimiento: Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen.

Nietzsche, Friedrich. (2007). *Así habló Zaratustra*, traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.

Posadas Velázquez, Ruslan. (2013). *La vida de consumo o la vida social que se consume: apreciaciones sobre la tipología ideal del consumismo de Zygmunt Bauman*. *Estudios políticos* (México), (29), 115-127.

http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16162013000200006&lng=es&tlang=es

Salgado Alfonso, Armando Henry. (2010). "Una filosofía ecológica en Rodolfo Kusch". *Ánalisis. Revista Colombiana de Humanidades*, núm. 77, pp. 137-152.

Valerio Miranda, David; Aguilar, César Alejandro. (2024). La Ética del comunitarismo y la educación ambiental en comunidades rurales y pueblos originarios de México. *IXTLI: Revista Latinoamericana de Filosofía de la Educación*, v. 11, n. 22, p. 123-141. Disponible en: <https://ixtli.org/revista/index.php/ixtli/article/view/205/206>